

su amor y su agradecimiento á Tancredo; pero éste la rechaza friamente y se va á la guerra á combatir por la ciudad. La joven, desesperada, después de declarar á su padre quién es el hombre que los ha salvado, con el secreto de la carta y el de su antiguo amor, bendecido por la madre moribunda, no se conforma sino con ir ella misma á la guerra á combatir al lado del hombre que la rechaza, para reconquistar su amor ó morir á su vista. Tancredo ha combatido como un héroe, buscando la muerte y alcanzando la más completa victoria; pero Amenaída no logra una cosa ni otra, y después de la jornada espera anhelante, con los de la ciudad, la vuelta del héroe vencedor, á quien han ido á buscar y sólo traen moribundo. En ese estado recibe el homenaje de gratitud de sus conciudadanos, la reivindicación de sus derechos, y, por último, la mano de Amenaída, después de oír, por boca de su mismo padre, que es inocente y víctima de una cruel equivocación. Tancredo muere contento y ella cae á su lado maldiciendo las bárbaras leyes de su país. Las pequeñas variaciones que ha introducido Goethe en el discurso tienden, como he dicho, á dar más claridad á puntos oscuros, como por ejemplo, en la explicación que Amenaída tiene con su padre después que Tancredo combatió por ella, dejar bien establecido que aquella carta fatal no iba dirigida al musulmán, sino á Tancredo mismo, y todas las circunstancias que la precedieron. De igual modo atenúa el ardor bélico con que Amenaída quiere buscar la muerte en la guerra, y mezcla su resolución de arros-

trar aquellos peligros con la esperanza de recuperar el corazón de su amado al verla cerca de sí y tal vez oír sus quejas; cosa muy puesta en razón, porque la heroína queda pasablemente en ridículo al volver á aparecer, más tarde, sana y salva y más humilde que nunca.



Ninguna de las obras teatrales más importantes de Goethe nos queda, á nuestro juicio, por examinar; hay, sin embargo, todavía materia para mucho, y el que no leyera sus *Apropósitos* y sus obras humorísticas, no podría abarcar la idea general que es justo se forme de su talento dramático. La alegoría, otra forma muy de moda en su tiempo, lo prendió bastante, cuando ya no estaba en el apogeo, no de su talento, sino de su vida.

Paleorophon y *Neoterpe* fué escrito para solemnizar el cumpleaños de la duquesa Amalia, el 24 de Octubre de 1800, ó más bien, es una alegoría de los dos siglos que se tocan. El tiempo nuevo, representado por una hermosa mujer, única que trabajaba sin careta, llevaba por compañeros á dos muchachos harapientos. Al tiempo viejo seguían dos vejetes impertinentes y tiesos. Neoterpe, con sus chicuelos, viene á buscar asilo cerca de un altar donde un pueblo va á celebrar su fiesta. Paleorophon, con sus acólitos, se coloca en un sitial preferente, y comienza el altercado entre ellos, alegando el último su derecho á la preeminencia, y Neoterpe su derecho á la acción y á la vida. Las razones de am-

bos, agrias al principio, van poco á poco dulcificándose, hasta que establecen cierta tolerancia y aun deseo de acuerdo. «Yo transigiría, dice Paleorophon, si no fuera por esas dos ignobles criaturas que llevas contigo.» «Yo no dejaría de someterme á tus consejos y á tu experiencia si te desprendieses de esos dos entes tan enfadosos que te acompañan.» «Los míos, dice Neoterpe, son unos infelices que me sirven muy bien, separando la muchedumbre que encuentro á mi paso; llámase uno Papanatas y otro Curioso.» «Los nombres de éstos, que á todas partes me siguen, dice Paleorophon, son Disputador y Gruñón.» Por fin, decídense ambos á separarse de los que impiden la conciliación, y ésta se hace entre el tiempo viejo y el tiempo nuevo, ó el arte nuevo y el viejo, como quiere significar el autor, según él mismo dice, en esta alegoría.

El despertar de Epimenides es otra alegoría de circunstancias que hizo Goethe, por encargo de los de Berlín, para celebrar la vuelta del rey, el año de 1814, y fué representada en Marzo del año siguiente. Ve Epimenides, durante su sueño, que todo su reino se arruina y se viene á tierra, y el déspota que ha hecho la obra de destrucción logra también, por medio de la adulación, encadenar á los genios del Amor y de la Fe, á los cuales viene á consolar la Esperanza. Despierta Epimenides, y los pueblos, á la voz del joven príncipe ¡Adelante! llevados del Este al Oeste, se esfuerzan por vencer la tiranía y lo consiguen; los alemanes reciben alabanzas y se les recomienda la unidad.

Lo que traemos, alegoría compuesta para la apertura del nuevo teatro en Lauchstedt, 1802. Ésta tiene su mezcla de comedia de magia. El teatro representa una habitación de paisanos, con hogar bajo y algunos cacharros alrededor del fuego; al otro lado una mesa de madera y sillas: extendido bajo el techo un antiguo tapiz. El viejo Martín y su mujer Marta viven en un lugar muy desamparado, y dan posada á los raros viajeros que atraviesan por allí. No les ha ido mal del todo, y la mujer está muy satisfecha de su suerte; pero el viejo piensa que una casa nueva y mejor situada le daría triples ganancias, y no sueña más que en construir, con gran disgusto de su mujer, que tiene á gala la buena fama que dan en todos los contornos á su casa, humilde, pero aseada, y el buen trato que se da á los huéspedes. Mientras están en el altercado de siempre, llega un muchacho á preguntar si sus señoras podrán entrar á descansar una hora, y la buena Marta, muy contenta, pone todo en orden para recibirlos. Entra Ninfa y saluda amable á los viejos, se extasía de encontrarse en un lugar donde vive la sencilla honradez, donde no hay ficción, donde todo es natural y puro; quiere permanecer allí, y se va detrás del hogar á prepararse ella misma sencillos manjares; todo esto con gran extrañeza del viejo y gran contentamiento de su mujer. A poco entra el muchacho á preguntar si aquello es tolerable, y viendo que sí, sale con el viejo y vuelve éste con otra compañera de Ninfa, Phone, también de muy buen acomodo, aunque no se ocupa, como

Ninfa, en preparar el almuerzo y adornar la mesa con flores campestres: para pasar el tiempo canta, y hace más grato el trabajo de los otros. Las dos hermanas, porque lo eran, van á buscar á la tercera, que se ha quedado en el coche, jurando no entrar en semejante agujero. Por fin la traen, y ella, aunque desdeñosa, conviene en que donde entra todo lo transforma, y aquella choza se convierte en templo. Manda cerrar puertas y ventanas para que nadie penetre en su círculo; sin embargo, de allí á poco llama á la puerta un viajero, y aunque Pathos, la última que ha llegado, no quiere que entre donde ellas están, se abre una ventana, y salta dentro el más gentil cazador que pudiera verse. Con gran cortesía y donosura saluda á las tres hermanas, la Gracia, la Naturalidad y la Majestad, lo mismo que á los patronos. Entáblase la conversación; en el curso de ella, el viajero declara que es un físico que ha escudriñado muchos secretos raros y tiene mil modos de entretener á la sociedad, y entre otras cosas sabe viajar por los aires, y propone la prueba á los que quieran seguirle. Las tres hermanas aceptan la diversión, el viejo lo mismo, porque se muere de curiosidad, pero la buena Marta, asustada de aquellas no vedades, dice que son brujerías por donde se pierden las almas, y no tolera que el viajero se le acerque. Mientras tanto, á favor de un cántico especial de las tres hermanas, el tapiz que estaba extendido en el techo va bajando poco á poco, y en él se meten todos á excepción de la vieja, y luego sube lentamente el singular vehículo, con grandes ex-

clamaciones desesperadas de Marta, que lo ve desaparecer. Mientras esto sucede, la decoración se cambia en una espléndida sala; el tapiz vuelve á bajar, y se queda suspendido á cierta altura como baldaquino, y debajo de él aparecen transformados los mismos personajes. Pathos, vestida de trágica; Phone, en caprichoso traje lírico-dramático; Ninfa, coronada de rosas; el viajero, de Mercurio; el viejo, con traje francés de casaca y chupa, peluca, bastón y sombrero debajo del brazo; los dos muchachos, uno de blanco y negro, otro con dos caretas en la mano, la trágica y la cómica. La vieja, que se ve en aquel lugar tan espléndido, se halla mal vestida, y avergonzada y creyéndose en un templo, corre á mudarse de traje. Mercurio se adelanta, y da al público la explicación de todo: la casa terrena representa el teatro pequeño y viejo, el templo es el nuevo teatro: cada uno de aquellos personajes alegóricos simboliza los géneros que han de representarse allí, y luego se extiende en la perspectiva de los horizontes artísticos que ante ellos se abren. Es absolutamente insuficiente este descarnado croquis para dar idea de los mil primores que bordan el propósito, que, si bien pasado de moda y ya sin razón de ser ni de interesar, no deja de leerse con deleite.

Otra pieza de este género hay para la reapertura del teatro de Weimar el año 1807, después de la feliz reunión de la familia gran ducal. Aparece la diosa de la guerra, y entre el fragor de los truenos y la luz de los relámpagos, hace su relación bélica, dándose y teniéndose.

se por la dominadora y soberana del mundo. Preséntase luego un fugitivo que, aterrado, relata los horrores que presenció y la desolación que deja la guerra. Después, la Soberanía, reposada y serena, viene á dar la esperanza al mundo desolado, y con la Paz, que la sigue, restaura y remedia los pasados males. En esta obra, escrita sólo con determinado objeto y para loa de la familia reinante, aparece como recuerdo el nombre de la difunta duquesa madre, en letras formadas por estrellas relucientes.

De todos los géneros que Goethe trató en el teatro, el que peor parado queda es el romántico. Y no porque no lo haya tomado en serio, pues parece que de su Stella estuvo prendado y por todo extremo satisfecho, sin dudar nunca de la justicia que el público con su aplauso le hacía, sino porque él, de suyo y por naturaleza, no era romántico de buena fe: penetraba demasiado adentro en todas las cosas para hallar la última palabra del sentimiento en el sentimentalismo, y así, aunque activo siempre, en cualquier modalidad del gusto y produciendo, según las exigencias de su época, y aun produciendo obras que, como el *Werther*, tanto pábulo dieron al mal, que le dejaron su nombre, no era sentimental. En cambio fué humorista de verdad, y desde los comienzos de su vida hasta el fin de su larga carrera, desde el chistoso pregonero de *Plundersweilen* hasta el eterno burlón de la humanidad, *Mefistófeles*,

la nota humorística, de que siempre hizo uso, no sonó nunca desafinada. Hay porción de obras escritas antes de su ida á Weimar, que prueban esta tendencia suya natural, y de qué manera era fuerte en buscar á los otros el flaco. Todas estas obras á que me refiero tienen forma teatral y son diálogos ó monólogos, escenas sueltas, trozos más ó menos informes, pero todos declamables. Es indudable que para declamarse fueron hechos, y así conocidos y juzgados, tomando algunos en el curso del tiempo más desarrollo, convertidos otros en verdaderas comedias, estrenadas en el teatro de Weimar, y luego repetidas en otros de Alemania. Daremos el corte de alguna.

La feria de *Plundersweilen* es un espectáculo divertido que representa porción de cuadros variados, de los que se han visto y se ven en todas las ferias del mundo. Esta de que se trata quiere significar la de Francfort, y es indudable que todos los tipos que en ella se representan están tomados del natural, y son coetáneos y conciudadanos del autor, si bien es verdad que ninguno, aunque llegara á reconocerse, podría sentirse herido, porque el arma de esta crítica no pincha ni corta, da de plano. El personaje principal del espectáculo es un pregonero ó charlatán que se dirige al público para anunciar todas las novedades, inventos, presentar los que quieren exhibirse y anunciar, por último, la función teatral, haciendo al público una sucinta reseña del argumento, no sin advertirle que es una tragedia hecha á la última moda, donde los pelos se ponen de punta y

rechinan los dientes. La tragedia se llama *Ester*. Sale el rey Asuero tan apático y tan comodón, y Amán no lo puede sacar de sus casillas, ni por decirle perrerías de los judíos, ni por explicarle que con sus mañas se están apoderando del dinero de la nación, porque la religión que profesan no les prohíbe robar á los extranjeros, ni por explicarle detalladamente los peligros que corre un organismo, cuando de él se apodera á mansalva otro que vive á sus expensas, dejándole exangüe. Para que el rey se decida á destruir al enemigo común, necesita decirle que hay una conspiración donde se atenta contra su vida, y esto produce á S. M. tal sobresalto, que en aquel punto mismo quiere que busquen á Mardoqueo y le den muerte, y con él á todos sus cómplices, sin parar ni dar treguas á la matanza, hasta que desaparezcan de su reino todos los hijos de Judá y de Israel. Salen á relucir en la feria un doctor, un tirolés con su marmota, un paisano que vende escobas para barrer, un vendedor de juguetes de Nuremberg, otro que ofrece grasa para que no chillen las ruedas de los carros, una señorita que se distrae con el doctor, una *gouvernante* acompañada del correspondiente pastor que va tras de ella, un gitano viejo y un muchacho, la alcaldesa, el alcalde, un cantor ambulante, un arpista, el payaso que despabila las luces del teatro, la vendedora de pan de especias, la lechera, el hombre de las sombras chinescas y algunos otros. Todos peroran, pregonan, cantan sus estribillos, charlan, se mueven, y no dicen ni hacen nada que no vaya encaminado al fin

que el autor se propone; criticar cosas, personas y costumbres de su tiempo. Mucho debió gustar, y sensación debió hacer esta obra humorística porque, en lo sucesivo, cuando se escribían algunas de esas actualidades que aquí se llaman revistas, dábanle el mismo nombre de feria: *jahrmarkt*. Pero el que tomó carta de naturaleza en el mundo literario de su tiempo fué el pregonero: sin duda alguna está pintado con gran ingenio y sal. Años después aparece el mismo personaje en una fiesta de la corte de Weimar. La duquesa Amalia tenía la costumbre de regalar, la noche de Navidad, un crucifijo á cada uno de sus amigos íntimos. Servía este delicado obsequio de estímulo á muchos, de secreta censura y amonestación á otros. Quisieron una vez los agraciados dar una prueba de afecto y hacer un regalo á la ilustre señora, y fué presentarle, en un cuadro, todos los acontecimientos literarios de Alemania en aquel año. Hízose una acuarela, que con su rico marco colocaron en un atril dorado y cubrieron con un velo. Este atril estaba en lugar preferente de la sala de recepción, y después que cada uno de los invitados se hubo acercado á contemplar de cerca el cuadro, salió el conocidísimo pregonero de Plundersweilen, y con su varita se puso á explicar cada figura y cada escena. Excusado es decir que la explicación estaba en hermosos versos y que los versos eran de Goethe.

Da el nombre de Una fiesta de Carnaval á *Pater Brey* ó *el Falso Profeta*. Esto es una crítica de la influencia que toman los curas en las casas, donde entran con

mansedumbre y á título de directores y consejeros. El tono es burlesco, como lo pide la oportunidad que se le da, carnavalesca. Un tendero de comestibles ha probado el desavío que le hizo en su casa Pater Brey, á quien tuvo que poner al fin en la calle, á pesar de las protestas de su mujer que, como todas las del pueblo, se perecía por el tal pater. Queriendo hacer un servicio á su vecina, la amonesta que no deje á su hija ir sola á todos lados con el pater, que con su dulzura de cordero tiene codicias de lobo, y podrán las voces que corren llegar á oídos del capitán y hacer perder á la muchacha tan buena boda. La mujer se indigna de la calumnia y sale de la tienda. Viene luego *Balandrino*, el capitán de dragones, y pide al tendero le diga si son ciertas las noticias que hasta él han llegado y que le hacen volver desde Italia. El tendero nada le quiere decir, pero le ofrece llevarlo al jardín que linda con el de su vecina, donde podrá ver y oír por su propia cuenta. Aparece luego el jardín, y el suave pater que trae de la mano á Leonor, y le dice mil ternezas. El Capitán se convence de que su novia es más simple que avisada, pero que no le es infiel, y quiere dar una lección y un buen escarmiento al taimado clérigo, y con este designio se disfraza con una larga barba blanca y un traje adecuado, y vuelve á la tienda y hace llamar al pater, á quien propone un empleo de preceptor y director de unos colonos que tiene, muy indisciplinados y muy soeces, y él acepta como cosa lisa y llana y de la cual saldrá airoso con la mayor facilidad. Parte el hombre muy satis-

fecho, y entretanto el Capitán y su novia se ven y se dan todas las explicaciones apetecidas, y á la postre llega á presenciar la felicidad de la pareja el burlado pater, que vuelve todo furioso de la piara de cerdos adonde le habían mandado á dar lecciones de moral y buenas costumbres.

Chistoso es el *Prólogo á la nueva revelación de Dios*, escrito para ridiculizar al teólogo Bahrd, que quiso mejorar la Biblia vertiéndola en un lenguaje moderno. El sabio profesor está en su despacho escribiendo muy satisfecho y exclamando: «Así diría yo si fuese Cristo.» La profesora entra componiéndose y dice á su marido que los amigos hállanse en el jardín, aguardándolos para tomar café. En esto oyen extraño ruido por la escalera y ven entrar á los cuatro Evangelistas y sus adláteres el toro, el león, el ángel y el águila. Entran como Perico por su casa, recíbelos él con urbanidad, sintiendo sólo que vengan en un momento en que tiene que dejarlos, porque le esperan unos amigos. «Serán hijos de Dios, — dice Mateo. — Llévanos y nos solazaremos todos juntos.» «Se asustarían, replica el teólogo. No están acostumbrados á ver unas barbas tan grandes, ni tan largas túnicas de pliegues, y además, vuestros animales les harían tomar la puerta más que de prisa.» «Sin embargo, el mundo pasa por esto, desde que Nuestro Señor nos envió.» «Pues no me importa nada; no os llevo así entre la gente.» «Y entonces, ¿qué quieres? — dice Marcos.» — «Os lo voy á decir, responde el profesor. Sucede con vuestra manera de escribir, con vuestras barbas y

vuestros pliegues, lo mismo que con los escudos viejos; aunque sean de buena ley no pasan, y un príncipe prudente lo que hace es mandarlos recoger, fundirlos y acuñarlos de nuevo; así, para estar en buena sociedad, necesitáis, como cualquiera de nosotros, componeros, atusaros y afinaros.» «¡Quisiera verme en ese traje!» dice el pintor Lúcas. Despechados los Evangelistas van saliendo uno tras de otro, no sin gran susto del teólogo, á quien se le acerca el buey de Lúcas más de la cuenta. La Profesora los ve marchar, tomando muy á mal que no quieran recibir lecciones de buena crianza.

Sátiro ó el mono endiosado lleva el nombre de drama, como varias otras escenas sueltas de su autor; sin saber por qué, al menos tal designación no concuerda con lo que acá entendemos por drama. No deja de causar perplegidad buscar nombre en español para muchas de estas piezas de puro capricho, que unas son comienzo de fiesta, otras fin de fiesta, fiesta de muñecos, disparate dramático, etc. Alguno hay que no me atrevería á poner por modo alguno; el de *La Feria de Plundersweilen*, por ejemplo: *Schönbartspiel*. En esto de explicaciones y etimologías de palabras extranjeras suele haber tales equivocaciones, que son para arredrar á cualquiera. Yo he oído en el Colegio de Francia decir á un profesor eminente que explicaba: «Relaciones entre la literatura antigua española y la francesa», lo siguiente: que la *tortilla* significaba rollo de cerilla, sin duda por lo de *tortillé*, y que *sainete* equivalía á chorizo pequeño, *petit saucelas*; con otras dos ó tres cosas por el estilo, que no

recuerda la memoria infiel, pero que debo tener en alguna parte, porque no salí de allí sin apuntar tan curiosas etimologías. Como quiera que sea, hay que tentarse la ropa antes de echarse á adivinar palabras compuestas, y tal vez nacidas de la oportunidad, en un idioma que no es el propio: bastante es ya, si se consigue, apoderarse de la idea y presentarla con lenguaje claro: sirva esta digresión como súplica de indulgencia hacia quien, no sin mucho respeto y bastante miedo, se mete por los espacios anchurosos que ha marcado con ráfagas de luz el pensamiento de Goethe. Volviendo á nuestro *Sátiro*, diremos que este personaje llegó dando alaridos de dolor y con una pierna rota á la morada de un pobre ermitaño, que, huyendo de las vanidades del mundo, vivía contento y feliz en la soledad. El buen hombre curó y entablilló la pierna enferma, y dejó al herido en su propia cama; el cual, al despertar, observando la imagen de madera tosca que veneraba y adoraba el ermitaño, la tuvo por cosa baladí y despreciable de todo punto y decidió no rebajarse nunca á tan humillante reverencia; antes bien, considerándose superior á aquel leño mal formado, hacerse adorar como un dios, ó por lo menos como un ser muy elevado sobre los hombres. Pone por obra su proyecto yéndose á sentar entre las peñas de una fuente, donde concurrían muchas muchachas. Allí, y por dos de estas, empieza á hacer prosélitos: una de ellas va á buscar á su padre, mientras la otra queda sola con el Sátiro y experimenta sensaciones diversas y turbadoras al sentirse abrazar

por él. Viene gente: un pueblo simple é ignorante, pendiente de sus palabras, ve, con efecto, en él, un padre, un maestro, un dios, y lo adoran: cuando llega el ermitaño y lo trata con desprecio y le pregunta qué ha hecho de la imagen que le ha robado, el pueblo entero se echa sobre él, para castigar tal desmán, y lo condenan á muerte. Su perdición es cierta, lo van á matar: sólo una mujer se apiada de su suerte; una mujer que conoce á Sático y que ha rechazado con firmeza sus lúbricos halagos. Ésta se propone salvar al pobre ermitaño, y fingiendo ablandarse, cuando la víctima es conducida al templo para ser inmolada, hace seña á Sático de que lo espera fuera, y él, fingiendo generosidad para no tomar parte activa en el sacrificio, que á su desagravio consagran, sale del templo. Momentos después, á los penetrantes gritos de la mujer, acuden las gentes y ven la brega que ella sostiene con el lascivo Sático, por donde conocen cuán engañados han estado, atribuyendo todas las virtudes á quien era conjunto de vicios y maldades.

Una de las más famosas *guasas* de Goethe es aquella en que hace subir á los cielos empíricos el alma de Wieland, extraída durante el sueño por Mercurio para responder de los cargos que por su tragedia *Alceste* le hacen, la verdadera Alceste, Admeto, Mercurio, Hércules, y sobre todos el ofendido y malparado Eurípides. El lenguaje que tienen «los dioses, los héroes y Wieland», que así se llama la escena dramática, si al principio da risa, concluye por causar admiración. No: en eso

de penetrarse del espíritu de los griegos y de reconstruir, viviéndolo, el mundo del arte pagano, nadie pretenda hacer lo que ha hecho Goethe, ni en mil leguas acercársele. Wieland, discípulo de la escuela francesa, había querido dar á su *Alceste* un giro más moral, y era tanto su amor propio, que aunque el éxito de su ópera fué debido á la música, no cesaba en sus escritos de gloriarse y darse incienso; cosa que sacaba de quicio á la juventud de aquella Alemania tan literaria. La voz de Goethe fué una de las muchas que contra él se alzaron; lo hizo aparecer entre los dioses y los héroes con gorro de dormir, y le hizo sostener sus opiniones desde su punto de vista pequeño, al lado de aquella eterna lógica del sentido común, que da sus proporciones á lo grande, su serenidad á lo bello, y su verdad á lo humano.

Pero ninguna de las farsas de que queda hecha mención puede compararse á *El triunfo del Sentimentalismo*, desatino dramático que tiene algo de comedia de magia y muchísimo de ópera bufa, y que es la más acabada burla de todos los artificios con que la muelle ociosidad suple á los goces vivos de la Naturaleza, y la imaginación, falseada, invade los dominios del sentimiento; pecados de que, en aquel tiempo, no se libraba nadie, ni los mismos que se reían de los chistes provocados por sus flaquezas. El bosquejo de la pieza era anterior; pero Goethe, al encontrarlo, hizo de él una obra festiva adecuada á su teatro y á sus actores. Él tomó para sí el

papel de Andrason, rey humorístico, esposo de la sensible Mandandana. Feria, joven viuda, hermana del rey, tiene en su servidumbre cuatro señoritas á cual más viva, graciosa y alegre, grandes amigas del rey, que se divierte con ellas y las dispensa de ceremonias. Llámense: Mana, Sora, Lato y Mela. La felicidad de Andrason, tan completa como nadie hubiérala gozado antes que él, habíase turbado desde que Mandandana, excelente mujer y amante esposa, llegó á interesarse por el príncipe Oronano, joven romántico que, elevando sus ideas á los superiores espacios, logró inspirarle aversión hacia aquellos limitados á la baja tierra, en que la tenía sujeta con onerosos lazos su prosaico marido. Éste, queriendo buscar remedio adecuado á tal desvarío, declara su propósito de ir á consultar un famosísimo oráculo que á pocas jornadas de allí se encontraba, para consejo y remedio de malaventurados príncipes. Hácelo así, y subiendo solo y sin séquito, como está mandado, la colina que da acceso al templo, pone su boca en la cavidad misteriosa, y desde allí expone su cuita y pide su remedio al oráculo, el cual, escrita en pergamino y en términos vagos y misteriosos, le manda la contestación deseada. Cumplida esta formalidad, pasa el rey á postrarse á los pies del Gran Sacerdote de argentada barba y aspecto imponente, que se halla sobre áureo trono sentado, y arrojando en su regazo algunas piedras preciosas, después de las exclamaciones que la sabiduría de los dioses y el modo con que se declaran á los hombres le sugieren, le dice: «El

joven de quien me quejo y que amarga mi vida, vendrá aquí muy pronto confiado y obediente; es preciso que la voz penetrante de los dioses llegue á su corazón, ordenándole no volver á pisar jamás los umbrales de mi puerta: con esto mi agradecimiento no tendrá límites,» á lo cual el anciano asintió con su cabeza, indicando con su temblorosa barba que murmuraba algunas palabras. Esto cuenta el rey, cuando la obra comienza, á su hermana y á sus jóvenes amigas, pidiendo el concurso de éstas para que le ayuden á deshacerse del príncipe, el cual debe pasar por allí y pedir hospitalidad á su hermana muy en breve, dejando en aquel palacio su comitiva y sus equipajes, mientras va solo á pedir su sentencia al oráculo. Dales instrucciones de cómo han de recibirlo, y él se promete volver junto á su esposa, la cual se ocupa en monologar á la luna y está de tal suerte desde que el príncipe partió á recorrer sus Estados, que no parece sino que tiene el alma prendida en un hilo larguísimo, que lleva él sujeto por el otro cabo.

La habitación asignada para recibir al príncipe es un salón del gusto chinesco, y el fondo dorado con figuras de colores. Las muchachas, aleccionadas por el rey en el estilo romántico con que han de presentar sus respetos al príncipe, espéranle curiosas y reciben con gran agasajo al caballero Mercurio, su servidor, que le precede y viene, con la venia de la princesa Feria, á tomar posesión del alojamiento de su amo y preparárselo. A las cortesanías razones que median entre el caballero y las señoritas sucede una suerte de confianza

que éstas arden por establecer y que les permite saber todo lo que quieren. En primer lugar presencian la entrada de los equipajes, que es solemne y se hace al son de una marcha. Viene delante Mercurio; luego el oficial con la guardia; satélites con cajas de diversos tamaños y hechuras; cuatro moros con una glorieta de follaje y acompañamiento. Los moros ponen la glorieta en el centro y colocan dentro una caja grande; las otras quedan puestas alrededor de la escena; retíranse todos y cesa la música. La curiosidad de las jóvenes no tiene medida, y Mercurio la satisface de la mejor manera que puede, osando, por ellas, quebrantar el secreto y el misterio que está obligado á guardar. En aquel aparato hállase explicada una parte del carácter del príncipe, el más sensible de los hombres, enamorado de las bellezas de la Naturaleza, que aprecia más que el rango y la soberanía. «¡Ah!, dice Sora, es como nosotras, que á todo preferimos el oír cantar al ruiseñor en las noches de luna.» «El mal está, prosigue Mercurio, en que mi señor es tan delicado de nervios, que no puede soportar el aire libre, ni los cambios bruscos de temperatura. Su médico de cámara tiene por cosa nociva el rocío de la mañana, y no por menos peligrosa la humedad de la hierba y de las fuentes en tiempo de calor. La evaporación de los valles con la mayor facilidad constipa, y nunca son más insoportables los mosquitos que en las noches templadas de luna. El que entregado á sus pensamientos se deja caer en la pradera, ve en seguida sus vestidos plagados de abejas, y con frecuencia una ara-

ña viene á turbar, bajo el follaje, el más tierno sentimiento. El príncipe ha propuesto premios á sus académicos para que vean si es posible remediar estos males en bien de la gente delicada, y aunque han sido premiadas algunas disertaciones, no han puesto la cosa en claro. Y mientras no se halla esta deseada solución, el príncipe, que no quiere privarse de sus gustos favoritos, ha tomado la resolución de crearse, por medio de hábiles artistas, un mundo en su cuarto. Al efecto, su palacio está decorado de la manera más agradable. Sus cuartos semejan cenadores, sus salones selvas, sus gabinetes grutas, tan bien ó mejor que si fuesen naturales y mucho más cómodas. Y así como el príncipe tiene en cada palacio de recreo su naturaleza y en ella vive, así tenemos naturaleza portátil, que llevamos á todas partes con nuestra comitiva. El personal de nuestra corte se ha aumentado con un hombre muy diestro, al cual hemos dado el título de maestro de la Naturaleza, *Directeur de la Nature*, el cual tiene á sus órdenes porción de artistas. Aquí nos acompaña uno de sus discípulos más aventajados, que cuida de nuestra naturaleza portátil. Lo único que hasta ahora nos falta son los venticillos frescos. Cuantos ensayos se hacen con este objeto son infructuosos, pero esperamos que esta falta nos la suplirá Francia pronto.» Más y más intrigadas, preguntan las muchachas qué es lo que en las cajas hay encerrado, y él, haciendo valer la importancia del secreto, díceles que allí se encierran las principales delicias de las almas sensibles. «En esta caja están las

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

fuentes que brotan; en aquella se encierra el canto de las avecillas; en la otra luz de la luna...» Las jóvenes se empeñan en ver aquellas maravillas; el caballero dice que no pueden lucir en aquel fondo; ellas dan un orden para que el maestro de tapices lo cambie en una decoración de bosque, y, por fin, de todas aquellas cajas salen á la vez rocas, cascadas, bancos de césped, hojarascas, etc., con el cenador en el centro. La música acompaña, como en todas las escenas de aparato, mientras las muchachas admiran todo con grandes exclamaciones. Advérteles luego el caballero cuán impropias son las frases de... «¡Divino! ¡encantador! ¡delicioso!» En primer lugar deben persuadirse que aquello no es artificio, sino natural, y la palabra Naturaleza debe sonar á cada paso en los oídos del príncipe: luego la eficacia de las cosas no está en ellas mismas, sino en el sentimiento que determinan, y así debe decirse sólo: «¡Ah! ¡Oh! ¡Ay! ¡Qué efecto produce sobre mí tal ó cual cosa!»

«Con todo esto, dice Mana, me parece que el príncipe ha de ser muy aficionado al teatro.» «Mucho, responde Mercurio, y el teatro y nuestra Naturaleza son muy afines: por otra parte, él es actor muy excelente.» «¿Traen ustedes compañía?» «No, aunque todos somos algo comediantes; pero el príncipe, la mayor parte de las veces trabaja solo.» «Sí; ya sabemos algo de eso.» «Es un descubrimiento, ó más bien la vuelta á una moda antigua, pues en el teatro romano gozaban de gran boga los monodramas. Nerón, por ejemplo, era actor

excelente, pero sólo hacía monodramas...» Por último, después de estas y otras explicaciones, llega el príncipe, que se exime lo más pronto que puede de los homenajes de la recepción, y va á encerrarse en su cuarto, expresando, con frases escogidas y altisonantes, su amor á la soledad y su desdén por el bello sexo, exceptuando la persona por quien suspira y á quien consagra todos sus pensamientos. Como los mecanismos de la Naturaleza portátil juegan, encuéntrase en plena campiña, donde cantan los pájaros y suenan las aguas; la gloria de celaje se abre, y aparece sentada dentro una figura vestida como Mandandana, y de su misma apostura: él la contempla arrobado, le dice mil discursos y concluye por acostarse en un banco de césped, donde, al son de una música muy descriptiva, según el cuadro lo exige, se queda dormido. Hay muchos detalles burlescos de bromas que le juegan las jóvenes y la princesa, dándole serenatas y no dejándole sosegar. Aparece también en su palacio Mandandana, vestida de Proserpina: ha hecho decorar sus salas á modo de los antros del Infierno mitológico, y poseyéndose de la semblanza, cree ser la propia hija de Ceres, robada y arrancada á la luz del sol; lanza denuestos, exhala quejas y no perdona medio de dar desahogo á los agravios que la han inferido, y cuando llega tan contento á abrazarla de vuelta de su viaje, el rey su marido, sólo ve en él al odioso Plutón, y lo recibe hecha una furia. Mientras tanto el príncipe, poniendo en ejecución su plan, se ha ido á la montaña á consultar el oráculo. Las mucha-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

chas, muertas por saber lo que pasa dentro del cuarto, y sobre todo, por ver lo que hay en la glorieta, deciden seducir á los guardias, invitándoles á divertirse con ellas y dándoles á beber vino narcotizado; con efecto, todo les sale bien y se deshacen de aquel estorbo. Entran con hachas encendidas, porque es de noche; el bosque está oscuro, y con la música y sus mímicas de siempre, porque todo lo hacen bailando, registran la campiña y dan en el interior de la glorieta con la figura de Mandandana, lo cual les llena primero de miedo, luego de asombro y más que nunca de curiosidad. Van acercándose, toman en peso la silla, y viéndola ligera, sácanla al medio del teatro; cae la careta y queda de manifiesto la superchería del maniquí. Quieren entonces desnudar á la muñeca y ponerla en el jardín de espanta-pájaros: quítanle el vestido y le encuentran en el cuerpo un saco. En la gritería que arman para saber lo que hay dentro, las coge Andrasón, el cual se queda sorprendido al ver los vestidos de su mujer y aquel simulacro burdo; pero como en la respuesta que le dió el oráculo se le decía que *volearía la felicidad á su casa el día en que manos hermosas arrancasen el espíritu á un fantasma de zarpas, y cuando el saco hubiese soltado sus entrañas*, creyó que aquello venía de molde á su asunto, y cediendo á las instancias de las muchachas, abrió el saco. No bien lo hizo cuando se derramaron por el suelo, entre paja menuda, porción de libros de que se apoderaron al momento, y con gran afán, las muchachas. «Tened cuidado, dice el rey; deben ser libros

de magia, y alzando uno en alto, exclama: «¡Sensiblerías!» Empiezan entonces á leer los títulos: *Siegwart*, historia de un claustro, en tres tomos. «Eso debe ser precioso, dice Mana; dámelo, que lo quiero leer.» *El buen joven*. «Debemos conocerlo. Hay un grabado.» Así van pasando revista á libros románticos y haciendo á cada uno sus observaciones, hasta que Andrasón llega al fondo del saco, y después de *La nueva Elöisa*, saca *Los sufrimientos del joven Werther*, y dice: «¡Pobre Werther!» Así, para tener derecho á burlarse de los demás, se burlaba Goethe de sí mismo, sin pensar que lo que es sincero en todas las escuelas queda, y á pesar de sus *mea culpa*, en el naufragio general de las sensiblerías, su Werther no perece. Todavía hay dos ó tres toques bonitos en esta bufonada en que nos ocupamos. Vuelta en su acuerdo Mandandana y conociendo que el príncipe es un mamarracho, se presta á lo que su marido quiere de ella, y es que se ponga en lugar del maniquí sentada, y oiga impasible lo que ocurra. Vuelve desconcertado el príncipe de su visita al oráculo, porque éste le ha mandado que devuelva lo que no es suyo y haga reparación á quien se la deba de justicia, y, por última vez, para despedirse de su adorada muñeca, se pone delante de ella diciéndole cuantas ternezas se le ocurren. Pero ¡cosa singular! Ya no siente aquel atractivo, aquel afán que como el imán le atraía; parece que los dioses, para hacerle más llevadero el sacrificio, han quitado el encanto de aquel pecho adorado; allí está como ante un cuerpo sin corazón, de tal suerte, que cuando llega An-

drason y todo el acompañamiento y él confiesa su abuso y está pronto á devolverle la imagen de aquella que no le pertenece, lo hace sin violencia ninguna. Entonces Andrason, con ademán solemne y sorprendido, le dice, que puesto que él le devuelve la una, justo es que tenga la otra, y hace traer la muñeca, vestida como antes y con el mismo saco de libros, que el rey le hizo poner de nuevo en el cuerpo. Transportado de gozo el príncipe, á pesar de que la verdadera Mandandana se levanta y abraza á su marido, arrodillase ante la otra donde se encierra el encanto y las delicias de su vida, y á ella se consagra por completo.

Tal se muestra Goethe en su teatro, todo entero: serio, risueño, pensador, cortesano, romántico, humorista, dejando en cada tono una nota de su propia existencia, y en todos el sello de su personalidad, que es indeleble. Queda, sin embargo, por tocar *Fausto*, su obra más trascendental é importante, la que sola bastaría para hacer su nombre inmortal y su fama eterna, pero esa empresa ha menester otro espacio y más levantados alientos.

FANNY GARRIDO.

INTRODUCCIÓN

Durante un viaje de negocios que hizo Goethe por Sajonia Weimar el año 1770, dió comienzo á la *FIGENIA EN TAURIDA*, escrita en prosa y con tanta diligencia, que á pesar de los cambios de residencia y de muchas suertes de impedimentos, la dió por terminada en menos de dos meses. Pero no quedando satisfecho de la forma prosaica en asunto tan de su predilección, guardóla muchos años en aquella región de su inteligencia donde se depositaban todas las ideas que iban avalorándose con los conocimientos y experiencias de todo orden que el grande hombre adquiría en su vida de constante perfeccionamiento. Y pensando que el momento de realizar su más ardiente deseo, su viaje á Italia, sería el más oportuno para poner mano á su obra, por cuanto las impresiones de belleza recibidas á cada momento en aquella querida tierra del arte habían de reflejarse en su creación predilecta, llevó consigo y muy á mano el manuscrito, y no pensó ya sino en acabar la obra. Muchas veces habla de esto en los primeros tiempos de su viaje,

BIBLIOTECA ALFONSO XIII